

RESEÑA/ REVIEW

Mouffe, Chantal (2023) *El poder de los afectos en la política. Hacia una revolución democrática y verde*, 1a. Ed.- Traducción de Soledad Laclau. Siglo XXI Editores, Argentina. 92 páginas. ISBN: 978-987-801-225-4

Temis Barrutia, Piuque
Universidad Nacional del Comahue
Facultad de Humanidades
piuquetemisbarrutia@gmail.com



<https://orcid.org/0009-0009-3441-9102>

Palabras clave: Política; Afectos; Estrategia Populista de Izquierda; Racionalismo; Identificación.

Keywords: Politics; Affections; Left-Wing Populist Strategy; Rationalism; Identification.

Puesto que los hombres (...) son guiados más por el afecto que por la razón, se sigue que una multitud no quiere ser guiada por el dictado de la razón, sino que quiere estar de acuerdo naturalmente en algún afecto común.

Spinoza, *Tratado político*, VI.1

La masa se mantiene cohesionada en virtud de algún tipo de poder. ¿Y a qué poder podría adscribirse ese logro más que al *Eros*, que lo cohesionan todo en este mundo?

Freud, *Psicología de las masas y análisis del yo*

El último ensayo de la filósofa y politóloga belga posee una actualidad acuciante. Situada en la arena de lo político y en el escenario actual post pandémico, Mouffe teoriza sobre el ascenso electoral y cultural de los movimientos de derecha a escala global. Esta situación la lleva a indagar sobre el lugar que ocupa lo afectivo en los enfoques políticos tradicionales. Su ensayo está compuesto por cinco capítulos, cada uno de los cuales versa sobre alguna de las dimensiones relevantes para articular una estrategia política que conduzca a una “revolución democrática verde”. Finalmente, a causa del desencadenamiento del conflicto bélico entre los gobiernos de Rusia y Ucrania, la autora incluye un breve epílogo.

En el primer capítulo del ensayo, “Una nueva forma autoritaria de neoliberalismo”, Mouffe da cuenta de la singularidad del momento actual a partir de las respuestas de distintos gobiernos neoliberales a raíz de la crisis sanitaria provocada por el Covid-19. Así, la coyuntura presente se explicaría en función de las nociones de posdemocracia y pospolítica. La primera conceptualización da cuenta del desgaste de los ideales democráticos, cifrados en las ideas de igualdad y soberanía popular. Por su parte, el concepto de pospolítica alude a un consenso entre los partidos de centroizquierda y centroderecha, el cual conduce a la concepción de la política como un mero asunto técnico de administración del orden establecido, circunscribiendo exclusivamente a la democracia a su componente liberal. En definitiva, ambas nociones confluyen en un cercenamiento de la democracia.

En este escenario posdemocrático, los partidos de derecha han sabido apropiarse de las demandas *anti establishment*, siendo el caso europeo, un ejemplo de ello, en esas latitudes los partidos populistas de derecha construyen el concepto de pueblo a partir de discursos racistas y etnonacionalistas, situación que se replica a lo largo del globo terrestre.

Frente a esta avanzada de la derecha, Mouffe insta a la elaboración de estrategias a las izquierdas y movimientos progresistas, donde la construcción de la categoría “pueblo” de manera no esencialista, debe hallarse en el centro de las mismas. Para ello, debe haber una articulación en la cual la voluntad colectiva, el “pueblo”, pueda asumir el poder y establecer una nueva formación hegemónica, que propicie un proceso de radicalización de la democracia. Conviene tener presente que se trata de una estrategia que no busca una ruptura radical con la democracia liberal pluralista ni el establecimiento de un nuevo orden político. En este sentido, la filósofa entiende que los obstáculos propios de este tiempo, como lo son los cambios dramáticos introducidos por la pandemia y el hecho de que no

estamos en un momento “populista candente”, no son factores suficientes para renunciar a la estrategia populista de izquierda. Por el contrario, la respuesta a la ofensiva neoliberal debe poder articular la crisis social y ecológica existentes.

Otro de los interrogantes epocales a examinar consiste en determinar si estamos en una transición a un horizonte posneoliberal o, si en realidad estamos asistiendo a una nueva forma de neoliberalismo. La segunda opción, deviene del análisis realizado, a diferencia de otras posturas que señalaban el fin del capitalismo. Por las contradicciones extremas generadas por la pandemia global, Mouffe da cuenta de que, en la realidad, es la pandemia la que da un nuevo impulso a la ola neoliberal. La crisis sanitaria global representa un momento clave para la evolución de un capitalismo digital que fomenta formas pre-democráticas de tecnoautoritarismo inmunes al control democrático, cuyos espectros podrían tomar la forma de una versión tecnológica de la pospolítica de los años noventa o, inclusive, podría ser usado como una reducción de costos laborales para las grandes corporaciones. Sea cual fuere la forma que adopte, estas formas de capitalismo digital constituyen un serio contratiempo para la democracia. Asimismo, otra consecuencia destacable de este fenómeno se da en el plano afectivo, siendo que la pandemia generó afectos ligados a una fuerte necesidad de seguridad y demanda de protección.

Esta constatación será el eje que articula el segundo capítulo, titulado: “La política y los afectos”. Mouffe considera que es imprescindible que la izquierda dé respuesta a la demanda de seguridad y protección. Para ello, es necesario superar cierto enfoque racionalista en la política y reconocer la importancia de los afectos. Estas concepciones racionalistas, fallan en considerar la “identificación”, como un factor determinante en la adhesión a las instituciones democráticas. Esta desatención resulta crítica, ya que impide la posible creación de ciudadanos democráticos.

El punto estriba en que la democracia no requiere únicamente de argumentos, sino, y en especial en esta coyuntura, requiere la identificación por parte de los ciudadanos con los valores democráticos y con un afecto común, las personas deben desear los valores democráticos. Siguiendo lo trabajado por Blumenberg, Mouffe entiende que la identificación entre democracia y razón, procede de un complejo proceso de sustitución (y no de transposición), de problemas teológicos al ámbito secular, que continuaron vacantes. De esta manera, se consolidó una visión de Razón, que se remonta al proyecto ilustrado, donde los ámbitos político

y epistemológico, se implican mutuamente¹. El rechazo a esta continuidad, permitirá finalmente echar por tierra la ilusión de una racionalidad libre de afectos.² Este aspecto es trabajado anteriormente por nuestra autora y es una de las principales críticas a los teóricos de la democracia deliberativa, quienes no admiten las pasiones ni las formas afectivas de identificación, sino que sostienen que en la arena política son únicamente necesarios los argumentos racionales.

En contrapartida, la filósofa propone una posible concepción superadora, una agonista, que concibe a la política democrática como la consolidación de instituciones que permitan transformar el antagonismo en agonismo. Una vez desatado el conflicto, este debe asumir la forma de contienda entre adversarios y no entre enemigos. Ahora bien, el enfoque agonista parte de la distinción política constitutiva entre nosotros /ellos, entendiendo el terreno de lo público como el lugar de confrontación de proyectos hegemónicos, sin posibilidad de reconciliación final.

Por consiguiente, los afectos y las pasiones poseen un rol central en la acción política en el enfoque agonista, ya que el éxito de los movimientos populares dependerá de la capacidad para reconocer la dimensión afectiva, que es indispensable en la construcción de identidades colectivas. Es claro para la filósofa que las personas necesitan sentir que sus reclamos son oídos, despreciar las demandas en torno a soberanía, protección y seguridad es dejar a los ciudadanos a merced de la derecha, escenario que, a su vez, impide la elaboración de un proyecto político capaz de hacerse eco de las demandas populares. Así pues, para lograr la identificación es necesario transmitir afectos que estén en sintonía con las preocupaciones y experiencias personales y cotidianas de la gente. Lo que lleva a actuar a las personas son los afectos y las identificaciones en las que estas se inscriben, y no conceptos abstractos o argumentos únicamente racionales.³

Por lo tanto, resulta necesario examinar cuál es el rol de los afectos en la constitución de las identidades políticas, lo cual será objeto del

¹ En este punto, Mouffe continúa lo propuesto por Rorty, cuando el filósofo estadounidense distingue entre aquello que es verdaderamente moderno: la idea de autoafirmación (identificada con el proyecto político) y la idea de auto fundamentación (el proyecto epistemológico).

² Esta crítica es desarrollada por Mouffe en *Hegemonía y estrategia socialista*, en coautoría con Ernesto Laclau, 1985.

³ “Mi crítica al racionalismo no constituye de ninguna manera un rechazo al rol de la racionalidad ni una defensa de cierto tipo de “irracionalismo”. Tampoco es un llamamiento a oponer la razón a la pasión y defender una política guiada por la pasión a expensas de la razón” (Mouffe 2023, 51).

capítulo tercero. Para ello, conviene reparar en que constituye un afecto, o su homólogo para Mouffe, una pasión. La filósofa se separa de otros abordajes, indicando que su reflexión se refiere “a cierto tipo de afectos *comunes*, que se ponen en juego en la esfera política en la constitución de las formas de identificación nosotros/ellos” (2023, 52). Este enfoque permite distinguir el plano colectivo del individual: la pasión corresponde al primer ámbito, mientras que la emoción corresponde al segundo.

La influencia freudiana es de suma importancia en el pensamiento de Mouffe. Esta, junto con la perspectiva anti esencialista, permite conectar afectos y razón en el proceso de identificación y posibilita pensar en cómo lograr movilizar los afectos para la construcción de una voluntad colectiva. Así, nuestra autora acuerda con el psicoanalista austriaco, en la necesidad de abandonar la concepción de sujeto como entidad racional, transparente, capaz de conferir un sentido homogéneo a la totalidad de su conducta. En oposición a esta última concepción, no existen identidades esenciales, sino sólo formas de identificación. Toda identidad se construye a través de una diversidad de identificaciones con objetos socialmente disponibles como imágenes y significantes. El lazo social es, en definitiva, un lazo libidinal y los afectos desempeñan un rol central en los procesos de identificación colectiva.

De esta manera, la noción psicoanalítica de energía libidinal, constituye un elemento central para entender la operación hegemónica política. Esta se caracteriza por ser maleable, es decir, por ser capaz de ser transferida a una variedad de representaciones diferentes y puede orientarse en múltiples direcciones y, en consecuencia, producir diversas formas de identificación.

Ahora bien, para un tratamiento adecuado de la identificación, resulta necesario la incorporación de los aportes lacanianos. En primer lugar, Lacan diferencia distintos tipos de identificaciones y destaca su componente alienante. Así, aun cuando la identificación es constitutiva de la subjetividad, no puede traducirse en una identidad subjetiva estable.⁴ En suma, no es la identidad la que es constitutiva, sino la identificación como tal. Siguiendo a Stavrakakis, en lugar de políticas de la identidad, deberíamos hablar de “políticas de la identificación”.

En segundo lugar, el principio de *jouissance* propuesto por Lacan, posibilita tensionar el imaginario racionalista en la identificación

⁴ “Una identidad plena es imposible, ya que el sujeto dividido encuentra una falta allí donde busca plenitud e identidad, aquello que fue llamado, el gran Otro. El sujeto intenta siempre cubrir su falta constitutiva mediante identificaciones continuas y parciales con objetos en última instancia incompletos”. (Mouffe 2023, 55).

sociopolítica. El francés sugiere que el apoyo a determinadas identificaciones se enraíza en forma parcial con la *jouissance* del cuerpo. De ahí el atractivo de estas identificaciones y su aparente consistencia.

La dialéctica lacaniana de la *jouissance* da cuenta de la dualidad presente en el proceso de identificación. Esta debería concebirse como una práctica significativa que incluye tanto una dimensión cognitiva o representacional como una dimensión afectiva. En otras palabras, una idea, pero, además, un afecto. Es decir, es la fuerza libidinal que adquiere esa significación la que le otorgará su fuerza. Cuando ocurre esta unión entre ideas y afectos, las ideas adquieren poder.

Una vez más Mouffe reafirma la tesis vertebradora de su ensayo, pero en este momento en términos psicoanalíticos. Si bien la dimensión discursiva es importante, no resulta suficiente, a la hora de estructurar la subjetividad ya que el mecanismo más efectivo está vinculado a lo real *jouissance*. En otras palabras, es de orden libidinal. Cuando la dimensión libidinal de la identificación está ausente, las identificaciones no pueden adquirir prominencia ni ejercer un atractivo hegemónico profundo.

Otro factor que explica por qué el enfoque racionalista nos impide comprender la naturaleza de la lucha política hegemónica se vincula con la incapacidad para comprender la dinámica de la identificación, pero, en este caso, se debe a una concepción esencialista que asigna ciertos afectos a una categoría determinada de personas.

Lo que impulsa a actuar a las personas son los afectos, y aunque indudablemente las ideas son importantes, su poder depende de su conexión con el ámbito afectivo. La búsqueda de un ideal de racionalidad libre de afectos, que constituye el objetivo de gran parte de la teoría política democrática, además de ser una empresa teórica contraproducente, tiene consecuencias desastrosas cuando se la adopta como guía para la práctica política.

Uno de los requisitos indispensables de la estrategia en contra de la ofensiva neoliberal, señalado desde el principio del ensayo, es su carácter integrador. De esta manera, la nueva narrativa debe poder integrar la crisis ecológica con la radicalización democrática. Vale decir, una revolución democrática verde, título del último capítulo del presente ensayo. La cuestión ecológica como asunto político ha sido ignorado durante mucho tiempo. Sin embargo, dicha relación en la actualidad evidencia su profunda implicación, siendo indisociables la justicia social, la justicia económica y la justicia ecológica.

La desatención del asunto ecológico como problema político responde a diversos factores y principios internalizados en la forma

occidental de habitar y comprender al mundo. Entre ellos, Mouffe señala que esta concepción puede remontarse a los albores del proyecto moderno ilustrado de dominación de la Naturaleza, que nos condujo al antropoceno.⁵ La ambición racionalista por visualizar el progreso como libre, tanto de los afectos como de la Naturaleza, ha dado origen al proyecto moderno que concibe a la Naturaleza como un recurso ilimitado que, gracias al desarrollo tecnológico infinito, podría utilizarse para emprender un crecimiento infinito.

Hay quienes afirman que la crítica a esta ambición debería llevarnos a rechazar el proyecto moderno en su totalidad. No obstante, Mouffe entiende que, si es posible romper el lazo entre el proyecto democrático de la Ilustración y su fundamento en una epistemología racionalista, deberíamos ser capaces también de rescatar ideales democráticos en la ambición prometeica de dominar la Naturaleza y las contradicciones socio-económicas capitalistas y coloniales que permitieron seguir esa ambición.

Para ello, es necesario examinar la concepción de democracia, lo que implica cuestionar el lugar privilegiado atribuido a cierta concepción de la libertad, entendida como la eliminación de todas las formas de restricción o impedimentos sean de origen natural o social. En oposición, la filósofa insta a reivindicar la igualdad, valor eclipsado por la hegemonía del discurso liberal. En conexión con ello, la redefinición del proyecto democrático debe evadirse de los sesgos antropocentristas y racionalistas, reconociendo las necesidades de los no humanos.

Con las crisis ecológicas, el proyecto de radicalización de la democracia ha adquirido una nueva dimensión. Producto del reciente régimen climático hemos ingresado a una etapa en la que la lucha por la justicia social requiere cuestionar los modelos productivistas y extractivistas. El crecimiento ha dejado de considerarse una fuente de protección y se ha convertido en una amenaza para las condiciones de reproducción social.

Para producir la necesaria bifurcación ecológica, la articulación de las luchas antineoliberales y las luchas ecológicas deben movilizar afectos de naturaleza política y ecológica que tengan como resultado la construcción de un pueblo. Es claro que la categoría de pueblo, después de lo examinado hasta aquí, no puede considerarse como una categoría sociológica sin más. Más bien, conviene entenderla como una construcción

⁵ Término acuñado en los años ochenta, popularizado por el químico atmosférico Paul J. Crutzen, quien lo utilizó para señalar el inicio de una nueva era geológica en la cual los humanos se han vuelto la fuerza dominante en la configuración del clima del planeta.

discursiva que posee una dimensión simbólica junto con una dimensión libidinal.

Así, la batalla se encolumna en aras de construir un significante hegemónico en torno al cual se puedan cristalizar afectos comunes. A partir de allí, será posible establecer una cadena de equivalencias entre demandas heterogéneas que confluyen en un “nosotros” que actuará en pos de un objetivo común, más allá de las diferencias entre sus componentes, y que, a su vez, podrá identificar el adversario común. Por esta razón, el Estado debe ser un actor clave en la Revolución Democrática Verde, ya que es el responsable de llevar a cabo las profundas transformaciones necesarias en las matrices productivas, que deben estar en diálogo con la planificación ecológica.

Al terminar el ensayo, Mouffe no puede obviar el conflicto bélico desatado a pocos días de terminar de escribir sus reflexiones. En el breve epílogo que cierra este escrito, avizora que la guerra en cuestión dejará importantes consecuencias geopolíticas que, junto con la crisis ecológica y social analizada, requieren de toda la lucidez de los partidos de izquierda con el fin de evitar el aprovechamiento de estas por los movimientos neoliberales. En esta misma línea de análisis, la lucha ecológica puede sufrir un importante revés, como preanuncian la poca importancia dada al último informe sobre el calentamiento global del IPCC,⁶ y la hesitación de algunos gobiernos sobre sus compromisos asumidos en la disminución de gases de efecto invernadero. La guerra en Ucrania, junto con las consecuencias pandémicas analizadas, dan cuenta de la necesidad de incorporar definitivamente los afectos al campo político. La importancia del rol que cumplen los afectos en la política ha sido largamente tratada por Mouffe, pero dicha centralidad a su vez da cuenta de su peligrosidad. Por esta razón no basta con reconocer el componente afectivo, sino que se hace imperioso movilizarlos en una dirección progresista.

⁶ El Grupo Intergubernamental de Expertos sobre el Cambio Climático o Panel Intergubernamental del Cambio Climático, conocido por el acrónimo en inglés IPCC (*Intergovernmental Panel on Climate Change*).